

Celebración de la Vigilia de Pentecostés

Te adoramos...

Presentación

Aquella tarde de Pascua, Jesús se hace presente en medio de sus discípulos y les dice: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo, Recibid el Espíritu Santo”.

Y desde entonces cada uno de nosotros aquí y alrededor del mundo, hemos sido transformados y hemos comenzado una vida nueva. Y desde entonces, una comunidad de hombres y mujeres, pecadores pero llenos de fe, la Iglesia, se reúne en nombre de Jesús, hermano y Señor.

Y desde entonces, la vida de la humanidad entera es ya para siempre la vida misma de Dios.

Ven, Espíritu Divino...

Introducción

No lo consignó ningún historiador, Pero la historia cambió desde aquel momento.

En el corazón de aquellos galileos que habían seguido a Jesús desde los inicios allá cerca del lago, en el corazón de María, su madre, y en los de las otras mujeres que habían ido con él, en el corazón de los discípulos que se habían añadido al grupo a lo largo de aquellos tres años por las tierras de Palestina, todo había cambiado cuando, después de la muerte del Maestro, lo habían experimentado vivo, resucitado en medio de ellos.

Todo había cambiado. Pero no sólo por admiración o por alegría. Todo había cambiado porque, ahora, la vida nueva de Jesús era su misma vida, el Espíritu de Jesús era su mismo Espíritu. El aliento de Jesús, la fuerza de Jesús, el alma de Jesús.

Esto es la Pascua. La vida nueva de Jesús que es también nuestra vida, el Espíritu de Jesús, que es también nuestro Espíritu. Pero todavía hay más. Hay un momento, un día, en el que este Espíritu, esta fuerza, se hacen evidentes, imparables, vivos como ninguna otra cosa viva. Es la experiencia de Pentecostés. Tienen fe, están juntos, llevan dentro al Espíritu. Pero todavía necesitan un empujón. Y allí juntos, reunidos, compartiendo los miedos y las ilusiones, compartiendo el recuerdo de Jesús, el Espíritu los sacudió como un vendaval violento y como unas llamas de fuego.

Y ellos salen a la calle, y la Buena Noticia de Jesús comienza aquel camino que nada ni nadie lo podrá parar. Porque el Espíritu, Dios mismo en el corazón de cada creyente y en el corazón de la humanidad, es más fuerte que toda debilidad, que todo miedo. Es más fuerte que todos las infidelidades. Es el amor y la vida para siempre.

Oficio de Lecturas

Ant. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Aleluya.

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda,

construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las alas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego llameante, de ministro.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;

pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste una frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.

*Ant. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su ruido,
pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Aleluya.*

*Ant. 2. De repente, resonó un ruido del cielo, como de
un viento recio. Aleluya.*

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.
Él saca pan de los campos,

y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas.

Se llenan de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó:
allí anidan los pájaros,
en su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras,
las peñas son madriguera de erizos.

Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros rugen por la presa,
reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol, se retiran,
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas,
a su labranza hasta el atardecer.

Ant. De repente, resonó un ruido del cielo, como de un viento recio. Aleluya.

Ant. 3. Envía tu Espíritu, y repuebla la faz de la tierra. Aleluya.

Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen, sin número,
animales pequeños y grandes;

lo surcan las naves, y el Leviatán
que modelaste para que retoce.

Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes;

escondes tu rostro, y se espantan;
les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
cuando él mira la tierra, ella tiembla;
cuando toca los montes, humean.

Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados no existan más.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

*Ant. Envía tu Espíritu, y repuebla la faz de la tierra.
Aleluya.*

V/. El Espíritu del Señor llena la tierra. Aleluya.

R/. Y, como da consistencia al universo, no ignora
ningún sonido. Aleluya.

De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos

Hermanos: Los que se dejan dirigir por la carne tienden a lo carnal; en cambio, los que se dejan dirigir por el espíritu tienden a lo espiritual. Nuestra carne tiende a la muerte; el Espíritu, a la vida y a la paz. Porque la tendencia de la carne es rebelarse contra Dios; no sólo no se somete a la ley de Dios, ni siquiera lo puede. Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios.

Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Así pues, hermanos, estamos en deuda, pero no con la carne para vivir carnalmente. Pues si vivís según la carne, vais a la muerte; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.

Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: «¡Abba!» (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

Sostengo, además, que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por

su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar de los hijos de Dios.

Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardarnos con perseverancia.

Pero además el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Responsorio

R/. Como sois hijos por la fe en Cristo Jesús, *Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: “¡Abba! Padre.” Aleluya.

V/. Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. *Dios envió.

Segunda Lectura

Del tratado de san Ireneo, obispo, contra las herejías

El Señor dijo a los discípulos: *Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Con este mandato les daba el poder de regenerar a los hombres en Dios.

Dios había prometido por boca de sus profetas que en los últimos días derramaría su Espíritu sobre sus siervos y siervas, y que éstos profetizarían; por esto descendió el Espíritu Santo sobre el Hijo de Dios, que se había hecho Hijo del hombre, para así, permaneciendo en él, habitar en el género humano, reposar sobre los hombres y residir en la obra plasmada por las manos de Dios, realizando así en el hombre la voluntad del Padre y renovándolo de la antigua condición a la nueva, creada en Cristo.

Y Lucas nos narra cómo este Espíritu, después de la ascensión del Señor, descendió sobre los discípulos el día de Pentecostés, con el poder de dar a todos los hombres entrada en la vida y para dar su plenitud a la nueva alianza; por esto, todos a una, los discípulos alababan a Dios en todas las lenguas, al reducir el Espíritu a la unidad los pueblos distantes y ofrecer al Padre las primicias de todas las naciones.

Por esto el Señor prometió que nos enviaría aquel Defensor que nos haría capaces de Dios. Pues, del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que somos muchos, no podíamos convertirnos en una sola cosa en Cristo Jesús, sin esta agua que baja del cielo. Y, así como la tierra árida no da fruto, si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos antes como un leño árido, nunca hubiéramos dado el fruto de vida, sin esta gratuita lluvia de lo alto.

Nuestros cuerpos, en efecto, recibieron por el baño bautismal la unidad destinada a la incorrupción, pero nuestras almas la recibieron por el Espíritu.

El Espíritu de Dios descendió sobre el Señor, *Espíritu de prudencia y sabiduría, Espíritu de consejo y de valentía, Espíritu de ciencia y temor del Señor*, Y el Señor, a su vez, lo dio a la Iglesia, enviando al Defensor sobre toda la tierra desde el cielo, que fue de donde dijo el Señor que *había sido arrojado Satanás como un rayo*; por esto necesitamos de este rocío divino, para que demos fruto y no seamos lanzados al fuego; y, ya que tenemos quien nos acusa, tengamos también un Defensor, pues que el Señor encomienda al Espíritu Santo el cuidado del hombre, posesión suya, que había caído en manos de ladrones, del cual se compadeció y vendó sus heridas, entregando después los dos denarios regios para que nosotros, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, retornándolo al Señor con intereses.

Responsorio

R/. Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, resonó un ruido del cielo, *Como de un viento recio, y llenó toda la casa. Aleluya.

V/. Estaban los discípulos en una casa y, de repente, vino sobre ellos un ruido del cielo. *Como de un viento.

Antífona de la Vigilia: *No os dejaré huérfanos, y se alegrará vuestro corazón. Aleluya.*

Cántico I

¿Quién es ése que viene de Edom,
de Bosra, con las ropas enrojecidas?
¿Quién es ése, vestido de gala,

que avanza lleno de fuerza?

Yo, que sentencio con justicia
y soy poderoso para salvar.

¿Por qué están rojos tus vestidos,
y la túnica como quien pisa en el lagar?

Yo solo he pisado el lagar,
y de los otros pueblos nadie me ayudaba.
Los pisé con mi cólera, los estrujé con mi furor;
su sangre salpicó mis vestidos y me manché toda la ropa.

Porque es el día en que pienso vengarme;
el año del rescate ha llegado.

Miraba sin encontrar un ayudante,
espantado al no haber quien me apoyara;
pero mi brazo me dio la victoria,
mi furor fue mi apoyo.

Cántico II

Vamos a volver al Señor:
él, que nos despedazó, nos sanará;
él, que nos hirió, nos vendará.
En dos días nos sanará;
al tercero nos resucitará;
y viviremos delante de él.

Esforcémonos por conocer al Señor:
su amanecer es como la aurora,
y su sentencia surge como la luz.
Bajará sobre nosotros como lluvia temprana,
como lluvia tardía que empapa la tierra.

«¿Qué haré de ti, Efraín?
¿Qué haré de ti, Judá?
Vuestra piedad es como nube mañanera,
como rocío de madrugada que se evapora.

Por eso os herí por medio de los profetas,
os condené con la palabra de mí boca.
Quiero misericordia, y no sacrificios;
conocimiento de Dios,
más que holocaustos. »

Cántico III

Esperad -oráculo del Señor-
a que yo me levante a acusar,
porque yo suelo reunir a los pueblos, juntar a los reyes,
para derramar sobre ellos mi furor, el incendio de mi ira;
en el fuego de mi cielo se consumirá la tierra entera.

Entonces daré a los pueblos labios puros,
para que invoquen todos el nombre del Señor,
para que le sirvan unánimes.
Desde más allá de los ríos de Etiopía,
mis fieles dispersos me traerán ofrendas.

Aquel día no te avergonzarás
de las obras con que me ofendiste,
porque arrancaré de tu interior tus soberbias bravatas,
y no volverás a gloriarte
sobre mi monte santo.
Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde,
que confiará en el nombre del Señor.

El resto de Israel no cometerá maldades,

ni dirá mentiras,
ni se hallará en su boca una lengua embustera;
pastarán y se tenderán sin sobresaltos.

Antífona de la Vigilia: No os dejaré huérfanos, y se alegrará vuestro corazón. Aleluya.

Te Deum (castellano)

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

Invitación a valorar las huellas del Espíritu

La acción del Espíritu del Señor entre nosotros, frecuentemente, se realiza del mismo modo como fue voluntad del Padre llevar adelante la salvación de Jesucristo: desde el

misterio de la Encarnación, de la condescendencia, del ocultamiento de la divinidad en la realidad humana. Como Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre semejante a nosotros en todo, menos en el pecado.

Pedimos al Señor que ilumine nuestros ojos y nos conceda la luz del Evangelio para “ver”, para descubrir sus huellas entre nosotras...

Padre, envíanos tu Espíritu para valorar tu presencia en todo lo que en nuestro mundo es obra de generosidad y de fraternidad, todos los signos de amor, todas las luchas por la justicia, todo lo que hace que los pobres de aquí y de todas partes puedan alcanzar una vida digna; todo lo que en este sentido hacemos los cristianos y todo lo que hacen los que no lo son... porque ahí está la presencia y la acción del Espíritu.

Padre, envíanos tu Espíritu para valorar tu presencia en nuestra comunidad, nuestra parroquia, en la Iglesia entera: en todos los esfuerzos, las actividades, los hallazgos inesperados, la vitalidad renovadora, el anhelo por anunciar el Evangelio, también en los dolores que nos pueden ayudar a crecer... porque ahí está la presencia y la acción del Espíritu.

Padre, envíanos tu Espíritu para valorar tu presencia en nuestra humilde oración y en la oración de nuestros hermanos, en esos momentos en los que nos acercamos personalmente a aquel que nos ama y nos da vida, esos momentos a veces tan luminosos y a veces no tan luminosos, porque ahí está la presencia y la acción del Espíritu.

Padre, envíanos tu Espíritu para valorar tu presencia en nuestro encuentro dominical, la Eucaristía y la comunión con los hermanos que cada domingo, cuando el mundo entero se reúnen en la misma fe y la misma esperanza, convocados y alimentados por Jesucristo; y valoremos el don del bautismo, y de la confirmación, y de la penitencia, y de nuestra

consagración en la vida concepcionista y de la unción de los enfermos... porque ahí está la presencia y la acción del Espíritu.

VALORÉMOSLO y avancemos ahora y siempre en ese camino, movidos por el Espíritu, hacia la plenitud de Dios.

Oración:

Oh Dios, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia, extendida por todas las naciones, derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica. Por nuestro Señor Jesucristo.